

espacios nueva serie N° 7
tomo 2

Estudios de Biopolítica

UNPA Universidad Nacional de la Patagonia Austral

2013

Biopoder y muerte en Michel Foucault

Guillermo Vega

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE

Aldo Avellaneda

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE - CONICET

RESUMEN

El principal objetivo de este trabajo es restituir el lugar teórico que ocupa la muerte –y sus modalidades– en los textos foucaultianos del período 1976-1979, caracterizados por los temas del biopoder, la biopolítica, la gubernamentalidad y el liberalismo. Pretendemos con ello reflexionar acerca de las formas en que la muerte y la política –en la modernidad– pudieron articularse, así como también delinear los márgenes en los que el actual debate sobre la biopolítica permite entender dicha relación.

PALABRAS CLAVE

muerte – biopoder – racismo de estado – gubernamentalidad – liberalismo

ABSTRACT

The aim of this work is to restore the theoretical place occupied by death –and its modalities– in the Foucaultian texts of the 1976-1979 period, marked by themes as biopower, biopolitics, governmentality and liberalism. We intend to consider the ways in which death and politics –in modernity– could be articulated, as well as delineate the boundaries in which the current discussion on biopolitics allows us to understand this relationship.

KEY WORDS

death – biopower – state racism – governmentality – liberalism

Las clases dictadas por Michel Foucault en el Collège de France entre 1976 y 1979¹, así como el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, dieron origen a un campo problemático identificado en la actualidad por la noción amplia –y por ello muchas veces poco precisa– de ‘biopolítica’. Con este término, el filósofo francés intentaba individualizar una técnica comprendida dentro de una novedosa disposición del poder y el saber configurada entre los siglos XVIII y XIX: el biopoder. Definido por la incorporación de la vida en las apuestas políticas, ‘biopoder’ mienta una tecnología de administración, gestión, regulación, potenciación y aseguramiento de las poblaciones (objetivo de las técnicas biopolíticas) y de normalización de los cuerpos individuales, así como de su disciplinamiento y distribución en los espacios arquitectónicos (objetivo de las técnicas anatomopolíticas).

En general –y lejos de la articulación que cobra en los escritos foucaultianos de 1976–, los debates contemporáneos tienden a ubicar el plano de lo biopolítico dissociado del mecanismo del biopoder, del cual resulta ser –para Foucault– subsidiario; esto conduce a que, al quedar aislado, lo biopolítico sólo sea tematizado dentro de los límites de su dimensión técnico-instrumental (gestión, administración, etc.), perdiéndose de vista la racionalidad peculiar que caracteriza al biopoder en tanto tecnología y que permite establecer distancias y proximidades con otros mecanismos (i.e., la soberanía). De esta manera, en los casos en los que se enfoca la relación vida-política exclusivamente a partir de las técnicas biopolíticas, las discusiones parecen desandar, por un lado, los caminos de las nuevas formas biomédicas de vida y sus potencialidades (la genética, la ‘biónica’ y los desarrollos acerca de la ‘post-humanidad’, en la perspectiva de un recuperado positivismo tecno-científico) y, por otro, las críticas vertidas contra el mismo desarrollo biotecnológico ligadas esta vez, a la imagen post-apocalíptica de un futuro de clones y de máquinas en el que lo ‘propriadamente humano’ ya no tendría ninguna posibilidad.

Otra perspectiva acerca de la biopolítica, bastante extendida actualmente, repara efectivamente en lo que para Foucault sería una tecnología –o mecanismo–, pero lo hace a través de operaciones que no sólo restan especificidad a la misma, sino que incluso la disuelven en tanto tecnología histórica para transformarla en la estructura política por antonomasia. Es el caso del filósofo italiano Giorgio Agamben, para quien la biopolítica es el espacio creado por la decisión soberana (Agamben, 2002: 14).

Bajo estas formas de comprensión y de problematización de lo biopolítico la muerte tiende a aparecer en los debates contemporáneos bajo las siguientes modalidades: a) desplazada del foco principal de análisis, frente a la importancia otorgada a la vida y a sus modos de gerenciamiento; b) tratada en el mismo plano de análisis que la biopolítica, es decir, en el de las técnicas y no en el de

¹ Nos referimos a los cursos intitulados *Defender la sociedad (DS)*, *Seguridad, territorio, población (STP)* y *Nacimiento de la biopolítica (NB)*.

los mecanismos (donde adquiere la denominación analítica de ‘tanatopolítica’); c) como una atribución exclusiva de la soberanía en tanto tecnología de poder que funda el espacio biopolítico.

Foucault señala en diversos pasajes que la muerte no ha quedado en la historia como una prerrogativa propia del soberano, sino que ha revestido diversos papeles en nuestra modernidad política. Cierta cruce entre dos mecanismos de poder –soberanía y biopoder– nos permite entender la pertinencia de esta salvedad tanto como su actualidad. Es indudable que en el siglo XX hemos asistido a un doble fenómeno cuya combinación nos señala el lugar central que la vida ocupó (y aún lo hace) en los cálculos políticos: un fuerte avance en la tecnologización y complejización de los procesos más diversos de gerenciamiento de la vida humana de las poblaciones (seguros de vida, pensiones, obras sociales, asignaciones universales, programas de asistencia sanitaria y medioambiental, etc.) y, de forma simultánea, un desarrollo tecnológico ligado a la maquinaria de guerra y a la vez motorizado por la permanente sensación de la inexorabilidad e inminencia de la batalla. El siglo XX es también el siglo en el que la emergencia de la muerte como fenómeno de masas ha cobrado una visibilidad hiriente a contrapelo de lo que podría sugerir la importancia otorgada a la producción y potenciación de la vida.

El principal objetivo de este trabajo es restituir el lugar teórico que ocupa la muerte –y sus modalidades– en los textos foucaultianos del período 1976-1979, caracterizados por los temas del biopoder, la biopolítica, la gubernamentalidad y el liberalismo. Pretendemos con ello reflexionar acerca de las formas en que la muerte y la política –en la modernidad– pudieron articularse, así como también delinear los márgenes en los que el actual debate sobre la biopolítica permite entender dicha relación. Para ello, en un primer momento, expondremos los modos que la muerte asume en las dos grandes tecnologías o mecanismos de poder: la soberanía y el biopoder. De forma concomitante, trataremos la singularidad que adquiere el racismo de estado como modalidad de la muerte surgida en el entrecruzamiento de ambas tecnologías. En una segunda parte analizaremos la función de la muerte en las nuevas guerras que se llevan a cabo por ‘el medio’ (a diferencia de las clásicas guerras territoriales), para finalizar dando cuenta del lugar que la muerte adquiere en el actual modelo de la gubernamentalidad liberal.

La muerte como aseguradora del poder soberano

El mecanismo de poder de la soberanía se constituye en el fondo diferenciado sobre el cual Foucault monta las tecnologías del biopoder. La sutileza de éste desaparece ante la forma explícita del poder soberano que termina articulándose alrededor del carácter espectacular de la muerte como expresión de la decisión del monarca. En caso de un peligro interno o externo, el rey es quien tiene la última palabra acerca de quién debe vivir y a quién le corresponde la muerte.

En consecuencia, podría pensarse que el poder de vida y muerte es un derecho simétrico, es decir, una facultad para 'hacer morir (matar) o hacer vivir'.² Sin embargo, esto no es más que una conjetura teórica que lleva a una paradoja en la que el súbdito, frente al soberano, no estaría -por pleno derecho- ni vivo ni muerto,³ sería 'neutro' y sólo la decisión soberana lo volcaría hacia una u otra condición. No obstante, en los hechos, el poder de soberanía se ejerce a través de un desequilibrio práctico que se ubica siempre del lado de la muerte. "El efecto del poder soberano sobre la vida sólo se ejerce a partir del momento en que el soberano puede matar" (Foucault, 2000: 218).

El desequilibrio práctico de la soberanía se traduce en un derecho 'disimétrico' de vida y muerte; su ejercicio requiere la acentuación de uno de los términos en función del otro. Para que exista derecho a la vida, el soberano debe poder matar; en otras palabras, "...no indica su poder sobre la vida sino en virtud de la muerte que puede exigir". La vida, bajo el mecanismo de la soberanía, es una función de la muerte. La fórmula foucaultiana que resume la lógica mortal de la soberanía es: "hacer morir o dejar vivir"⁴ (Foucault, 2003: 164). Por ello, si el súbdito está vivo es que no fue asesinado por la espada; fue 'dejado' o 'librado' con vida, no se lo hizo morir.

El poder de muerte de la soberanía funciona alrededor de un derecho de 'captación' (Foucault, 2003: 164) o 'sustracción' (Foucault, 2005: 62) y de gasto. Capta o sustrae cosas, tiempo, fuerza de trabajo, servicios y hasta la vida misma. A cambio otorga protección o bien dona cosas, sin estar obligado a ello, lo cual hace que su mecánica se caracterice primordialmente por el saqueo. En la clase del 21 de noviembre de 1973⁵ Foucault introduce dos características importantes al definir el mecanismo de la soberanía como un sistema en el que las relaciones, por un lado, no son isotópicas y, por otro, no se aplican a las singularidades somáticas (individuos)⁶ (Foucault, 2005: 64). Esto significa, en primer término, que las relaciones de soberanía no conforman un espacio ordenado, sino heterogéneo, en el que confluyen conflictivamente diferentes estructuraciones jerárquicas difíciles de integrar en un único esquema (religiosas, políticas, familiares, etc.). En segundo lugar, las relaciones de soberanía no se vierten sobre el cuerpo individual⁷ a excepción de algunos casos en particular, como por ejemplo las ceremonias, en las que el soberano marca el cuerpo

² Las bastardillas son nuestras.

³ Paolo Palladino sostiene que el aporte de Agamben, a través del conceptos como 'vida desnuda' y 'estado de excepción', es significativamente más operativo que el planteo de Foucault al momento de pensar los problemas contemporáneos ligados a la biopolítica, especialmente aquellos en los que se trata la muerte cerebral, es decir, estados indefinidos de suspensión o indefinición entre la vida y la muerte (Dillon y Neal, 2008: 121).

⁴ Las bastardillas corresponden al texto del autor.

⁵ Recogida en el curso que lleva por nombre *El poder psiquiátrico*.

⁶ El cuerpo vivo del individuo está ubicado en el nivel de las 'cosas' sobre las que prevalece un régimen de apropiación y saqueo. La vida no es algo a lo que la soberanía atienda si no es tan solo para acabar con ella.

⁷ Como, en contrapartida, lo harán las técnicas disciplinares.

individualizándolo (tanto en los homenajes como en los ajusticiamientos).⁸ De esto último se desprende el valor simbólico que tiene la sangre en el mecanismo de la soberanía. La sangre confiere jerarquías a través de la descendencia, pero también, a causa de su derramamiento, permite conservarlas o trastocarlas. La sangre derramada es el símbolo del poder soberano, así como su pureza la condición de su continuidad (Foucault, 2003: 178). Dentro del gran mecanismo de la soberanía, la muerte tiene como correlato la seguridad del soberano, se hace (morir) en su nombre.

La muerte como límite del biopoder

Foucault destaca que entre la edad clásica y la edad moderna un nuevo mecanismo de poder, centrado en la vida biológica, hizo su aparición. La diferencia específica que esta nueva tecnología presenta frente al modelo de la soberanía es que no articula la vida en función de la muerte, sino que asocia los dos términos de una manera diferente. La vida queda, de esta manera, vinculada a un conjunto de técnicas que tienen por objeto mantenerla, potenciarla y desarrollarla. Un grupo de estas técnicas surgió entre los siglos XVII y XVIII desplegando dispositivos en torno del cuerpo individual. Las mismas estaban orientadas a vigilar, adiestrar, utilizar y castigar los cuerpos, y fueron conceptualizadas como 'técnicas disciplinarias' frente a otro grupo, que hizo su aparición alrededor del siglo XVIII, y que se organizó alrededor del cuerpo-especie, es decir, de la población en su conjunto. Estas últimas técnicas tienen por objeto la regulación de los procesos de vida correspondientes a un grupo de individuos atendidos desde una dimensión biológica (nacimientos, muertes, enfermedades, alimentación, etc.). Las 'técnicas biopolíticas', tal el nombre de estas últimas, se montaron sobre los procesos de la vida constituyendo alrededor de los mismos nuevas formas de saber y de extracción de conocimiento (demografía, estadística), al tiempo que se desplegaron prácticas concretas de regulación que incidían en forma directa en el "cómo de la vida", en las formas de vivir (Foucault, 2000: 224).

La nueva tecnología se define por el poder de "hacer vivir o de rechazar hacia la muerte" (Foucault, 2003: 167), lo cual ubica a la vida como el punto de emplazamiento de un poder que la recorre en su superficie desde dos complejos de técnicas interrelacionadas, que encuentran un punto de cruce ejemplar alrededor del problema del sexo. Todo el dispositivo de la sexualidad se halla montado sobre la novedosa tecnología del biopoder y cobra eficacia en tanto lugar de convergencia y articulación de la biopolítica y las técnicas disciplinarias. Sin embargo, y a pesar de ser la vida el sitio de anclaje del biopoder, la muerte

⁸ Un contrapunto interesante entre Agamben y Foucault consistiría en desbrozar lo que cada uno comprende por poder soberano.

encuentra también un lugar y una funcionalidad específicos. Una clave con respecto a los mismos la da la misma fórmula que define la lógica, o bien la racionalidad, del biopoder: hacer vivir o dejar morir (*de faire vivre et de laisser mourir*). El biopoder, a diferencia de la lógica de la soberanía, no hace morir, no mata, sino que rechaza, arroja, deja o abandona los individuos a la muerte. La muerte aparece frente al biopoder como un límite, como un exterior sobre el cual el poder no opera y que, por lo tanto, no tiene una relación directa con su ejercicio. El biopoder sólo puede influir sobre la mortalidad, pero no sobre la muerte. “El poder no conoce la muerte. En sentido estricto, la abandona” (Foucault, 2000: 224).

En un escrito temprano Marx puso en evidencia este perfil edulcorado del biopoder con respecto a la muerte. En los *Manuscritos* decía: “la demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres...”, y luego agregaba al respecto: “si la oferta es mucho mayor que la demanda, una parte de los obreros se hunde en la mendicidad o muere por inanición” (Marx, 1997: 56). Los casos –extendidos a lo largo de todo el mundo– de muerte por inanición o de desnutrición temprana, generados en mayor medida por la pobreza y en menor medida por las guerras, permiten comprender cómo es que la tecnología del biopoder abandona (a) la muerte sin transformarse en el modelo asesino de la soberanía.

La Alemania nazi, años antes de la ‘solución final’, aprobó las leyes antisemitas de Núremberg (1935), a través de las cuales se quitaban los derechos de ciudadanía para los individuos que fueran judíos o tuvieran abuelos judíos. De esta manera, poco a poco se empujaba a la desprotección jurídica⁹ –y, por ende, anticipadamente a la muerte– a aquellos que habían sido clasificados según un criterio racial a partir de sus creencias religiosas. Es importante destacar que en los textos foucaultianos los casos específicos en los que la muerte sobreviene porque el estado de derecho ha retirado la cobertura jurídica de garantías y derechos básicos sobre determinados individuos no es una problemática que se encuentre desarrollada. Es en este tópico donde ha anclado su análisis el filósofo italiano Giorgio Agamben (2002) a través de los conceptos de ‘estado de excepción’ y de ‘vida desnuda’. Sin embargo, es necesario destacar que la línea agambeneana instala en el centro de sus investigaciones al sistema jurídico o, en otras palabras, la figura de la Ley, mientras que Foucault se mantiene a una distancia importante del derecho en lo que concibe es la vigencia, durante el siglo XX, de la tecnología del biopoder. Frente a la mirada de Agamben, restauradora del sistema de la Ley, Foucault pone el acento en los procedimientos de normalización y, por ende, en las técnicas, tanto locales como globales, de incidencia en la vida. Es la sociedad de normalización, aquella en donde “se

⁹ Aquí también es posible incluir los actuales casos problemáticos (y emblemáticos también, como es el caso de la reciente ley antiinmigración del Estado de Arizona, SB 1070) vinculados a las leyes de inmigración y de ciudadanía.

cruzan, según una articulación ortogonal, la norma de la disciplina y la norma de la regulación” (Foucault, 2000: 229), la que adquirirá el sesgo mortífero en el marco del biopoder y no la soberanía y su correspondiente ‘estado de excepción’, como sostiene Agamben¹⁰. En otras palabras, la respuesta a la pregunta “¿cómo puede *dejar*¹¹ morir ese poder que tiene el objetivo esencial de hacer vivir?” (Foucault, 2000: 230) encuentra su respuesta posible en la normalización de la sociedad, elemento transversal a las dos técnicas constitutivas del biopoder.

Sin embargo, y más allá de la discusión entre norma y ley, los acontecimientos históricos durante los siglos XIX y XX mostraron la proliferación de guerras caracterizadas cada vez más por el incremento constante de la capacidad mortífera de los ejércitos y por la masividad de los decesos. En otras palabras, de forma paralela al desarrollo del biopoder y de las técnicas biopolíticas, asistimos a los ejercicios y experimentos de exterminio masivo más eficaces de la historia de la humanidad. La experiencia del nazismo (aunque no sólo ella) instala la pregunta acerca de la peculiaridad que poseen las muertes producidas a través de los genocidios. La formulación del problema, bajo la apariencia de una pregunta obligada, se la hace Foucault a sí mismo, y gira alrededor de la aparente inconsistencia que resulta de un poder que, volcado enteramente hacia la gestión de la vida, incorpora la muerte –incluso bajo la forma del asesinato– como uno de sus instrumentos de regeneración vital más eficaces.¹² “¿Cómo ejercer el poder de la muerte, cómo ejercer la función de la muerte, en un sistema político centrado en el biopoder?” (Foucault, 2000: 230).

El racismo y la función de muerte: matar para vivir

Las preguntas formuladas en el apartado anterior encuentran su respuesta en un elemento histórico, el racismo, y en una configuración histórico-política precisa, el Estado racista. Para llegar a la experiencia de una maquinaria estatal asesina como lo fue el Estado nazi durante el siglo XX fue necesario el entrecruzamiento de una serie de elementos que ya estaban presentes en la Europa decimonónica. Estos son: a) un racismo que se había construido alrededor de la psiquiatría y que tenía como objeto de segregación al ‘anormal’, en tanto y en cuanto este aparecía como un riesgo para la sociedad, puesto que podía

¹⁰ Lo cual no significa que el estado de excepción no constituya una técnica concreta y efectiva en lo que respecta al gobierno de las poblaciones. Como es sabido, Foucault no reemplaza el derecho por la norma, sino que destaca que aquel opera estratégicamente sobre la base de esta última: “lo jurídico es la forma en que se torna aceptable hoy día un poder que es esencialmente normalizador” (Foucault, 2003: 175).

¹¹ El resaltado en bastardillas es nuestro. Con el mismo queremos poner de relieve que se trata de ‘dejar’ morir y no de ‘hacer’ morir, como es propio de la soberanía y también lo será dentro del racismo de estado.

¹² Un ejemplo concreto de este problema es el programa ‘Aktion T4’ desarrollado en la Alemania nazi entre los años 1939 y 1941. El mismo comprendía la eliminación sistemática de todos los individuos que presentaran algún tipo de enfermedad mental, deficiencia congénita o invalidez motora. Es interesante resaltar que la casi totalidad de los médicos y enfermeras alemanas se abocaron al cumplimiento de sus tareas eugenésicas sin oponer mucha resistencia.

transmitir como herencia sus patologías (Foucault, 2001: 294). Este forma de racismo es 'interna', lo cual significa que encuentra la diferencia que va a rechazar al interior del mismo grupo social y no en un afuera caracterizado, a la manera del racismo 'tradicional', por las diferencias étnicas; b) un racismo 'tradicional', 'étnico', que en la Europa del siglo XIX (y de principios del XX) era mayoritariamente antisemita (Foucault, 2001: 295); c) una configuración del poder caracterizada por la importancia otorgada a los fenómenos de la vida –biopoder– a partir de dos niveles operatorios diferenciados, tanto por las técnicas como por los objetos sobre los que las mismas se dirigen –biopolítica y anatomopolítica–; d) una lógica deudora de la tecnología de la soberanía, consistente en 'hacer morir y dejar vivir', favorecida por las continuas guerras libradas entre fines del siglo XIX y principios del XX. Estos elementos se conjugaron, se interfirieron y se interpenetraron para dar forma al racismo de Estado que caracterizó la Alemania nazi y que hizo posible la muerte a gran escala.

Foucault afirma que el biopoder permitió inscribir al racismo –interno y étnico– como un mecanismo fundamental del poder (Foucault, 2000: 230). La lógica bélica clásica 'para vivir es necesario acabar con los enemigos' oficia de andamiaje para la ecuación que el racismo y el biopoder ponen a funcionar en el Estado moderno racista: 'para vivir es necesario matar', puesto que 'algunos deben vivir y otros deben morir'. De aquí que la primera operación del Estado racista sea "fragmentar, hacer cesuras dentro de ese *continuum* biológico que aborda el biopoder" (Foucault, 2000: 230). La segunda operación es poner en funcionamiento la ecuación bio-racista: 'si quieres vivir es preciso que dejes morir, que hagas morir, que mates...'

El racismo mata no ya para proteger al soberano, sino para resguardar la población de sus enemigos internos, fundamentalmente de sus peligros biológicos, de sus elementos degenerados. En este sentido, el 'otro', que constituye el peligro para la 'vida sana', puede ser el anormal, el loco, el criminal y el judío. El racismo es una función de muerte dentro del biopoder (en ninguna medida se lo puede confundir con el racismo tradicional, étnico, aunque bien puede conllevar elementos del mismo es sus formas históricas de expresión, tal cual lo fue en el caso del régimen nazi). Señala Foucault (2000: 231) que en medio de una 'sociedad de normalización', el racismo es la condición necesaria para poder dar muerte a otros.¹³ El Estado nazi fue, en este marco de cosas, la exaltación paroxística del mecanismo del biopoder junto con la función de muerte de la soberanía, a través de la activación del racismo. Desde esta óptica, el Estado nazi no representa un acontecimiento singular en la historia de Occidente, sino una intensificación exponencial de los elementos que, de alguna manera, se encuentran presentes en la mayor parte de los Estados liberales modernos.¹⁴

¹³ Recordemos lo señalado en la nota 8, a través de la cual poníamos de relieve que los procesos de normalización son más importantes que el ámbito de lo jurídico tanto para pensar la muerte que se deja acaecer como la muerte que se fuerza a través del asesinato (racismo).

¹⁴ Al respecto, Roberto Esposito se distancia de Foucault porque discrepa, justamente, por la forma

De hecho, con respecto a este último punto, Foucault deja planteada una pregunta fundamental para nuestro trabajo. En la última clase del curso correspondiente al invierno de 1976 Foucault destaca que el juego de elementos que condujo al nazismo es el mismo juego de elementos que podemos encontrar en cualquier en el funcionamiento de cualquier Estado. Luego se pregunta: “¿de todos los Estados modernos, de todos los Estados capitalistas?” Y responde a continuación: “pues bien, no es seguro” (Foucault, 2000: 235).

Muerte en las guerras ‘medio-territoriales’

El campo del racismo de Estado permite acentuar y comprender una particular modalidad de guerra moderna: la guerra interna. Internalizar al enemigo, gestionar su aniquilación, ha sido una de sus principales y más eficaces funciones.

El tratamiento dado por Foucault a las “guerras externas”, a las confrontaciones interestatales, parece no haber gozado sin embargo de la misma dedicación por parte de la literatura especializada. De hecho, a pesar de la pertinencia de la afirmación de Dean respecto de que habría buenas razones para esperar que los llamados estudios sobre la gubernamentalidad tomen como campo de análisis las relaciones internacionales (Dean, 2010: 228), la temática de la guerra ha sido sistemáticamente vinculada a la de la raza, lo cual vuelca los planteos a un nivel de la biopolítica (como lo exponen de manera explícita, por otra parte) y no al del biopoder (que supone pensar en la articulación de lo biológico con la racionalidad gubernamental liberal).¹⁵

Sucede que precisamente el diagrama de las guerras interestatales, fundamentalmente las guerras de la segunda mitad del siglo XX, ha conocido también un cambio considerable respecto de sus formas anteriores. Si el nazismo es una singularidad histórica ya que representa el modelo paradigmático de combinación de las técnicas correspondientes al biopoder y a la soberanía, lo es también por ser uno de los últimos complejos tecno-políticos de poder y de muerte

en que el filósofo francés resta singularidad al acontecimiento del nazismo al compararlo, incluso, con el comunismo. Dice Esposito: “Da la sensación de que, a través de pasos contiguos y graduales, la generalidad del cuadro prevaleciera sobre la unicidad del acontecimiento nazi: tanto en sentido vertical, respecto del período moderno, como en sentido horizontal, con relación al régimen comunista” (Esposito, 2006: 178). Se sigue sosteniendo, a través de estas operaciones, un dislocamiento entre las técnicas que el Estado nazi empleó en el genocidio y las racionalidades (biopoder, racismo, la lógica de la guerra, etc.) que lo hicieron posible. De esta manera, para filósofos como Esposito o Agamben, el Estado nazi representa el fundamento singular de una manera de hacer política (tanatopolítica), o bien, la matriz de la biopolítica contemporánea. Lo que no se alcanza a apreciar en estos análisis es que la ‘originalidad’ del nazismo depende de una serie de elementos que se vienen arrastrando en la historia de Occidente desde los siglos XVII y XVIII.

¹⁵ Algunos de los estudios que permiten esta afirmación son los contenidos en los libros *Foucault on security, politics and war* (Dillion y Neal, 2008), *Foucault in an age of Terror. Essay on biopolitics and defence of society* (Bygrave y Morton, 2008). Se debe mencionar también a estudios como *Violence and the biopolitics of Wester* (Oksala, 2010). En este campo también entran los clásicos estudios de Agamben y fundamentalmente Esposito, sobre biología y política.

en concebir su estrategia de guerra sobre la modalidad expansión/territorio. Luego de la expansión territorial fallida del nazismo, las guerras interestatales fueron de manera tendencialmente creciente concebidas en otro modo, ya no bajo la modalidad expansión/territorio sino por la de administración/medio. Las guerras, diríamos, finalmente pasaron a ser estrictamente liberales.

Ya la “Gran Guerra”, al ser calificada por Lenin de “guerra imperial” contenía en parte este rasgo. No se trataba para Lenin, más allá del papel relativamente trascendental de ciertos hechos como el asesinato del príncipe de Sarajevo, del carácter rapaz, voraz, de los líderes de estado, sino de una situación concebida y entendible desde un estricto punto de vista económico. Sin embargo, el dato que diferencia a 1914 (y aún más a 1939) de buena parte de las acciones bélicas interestatales posteriores a 1945, es que en el primero aún se trata del antiguo y fundamental ‘reparto de tierras’. Aunque con una inflexión particular: para Lenin el mundo ya estaba enteramente repartido y de lo que se trata es de su reapropiación.

Por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son *únicamente* nuevos repartos en otra forma, es decir, el paso de territorios de un ‘amo’ a otro, y no del paso de un territorio sin amo a un ‘dueño’ (Lenin, 1966: 67).

Siquiera en las contiendas propias de la reconfiguración de las relaciones interestatales luego de la segunda guerra (las contiendas propias de llamado “mundo bipolar”), lo importante no estuvo en el reparto de tierras, sino en lograr imponer, bajo el fuego de las armas de ser necesario, una determinada modalidad de gobierno, con sus correspondientes razones económicas, políticas, morales, ideológicas, etc. por sobre otras.

Claro que esto no siempre ha sido así. Resulta necesario discriminar los elementos y las conexiones entre éstos en relación con la forma que tomaron los vínculos interestatales en la modernidad según Foucault. Comenzar por la manera en que éste consideró las relaciones internacionales y la posibilidad de la guerra en ese contexto, en el campo de la razón de Estado, puede ser un buen comienzo.

En primer lugar, si la razón de estado tiene por todo fin la preservación del Estado, esto quiere decir que no habrá ley que esté por encima de sí. Ni siquiera otros Estados (Foucault, 2007b: 333). De allí que una consecuencia importante de la aparición de la razón de estado sea un tiempo abierto (pues no se dirige a ningún tipo de último día, salvación de alguna índole, etc. sino a una suerte de existencia perpetua) y una espacialidad múltiple (coexistencia relativamente equilibrada de varios Estados). Respecto de esta última Foucault afirma:

En el transcurso del siglo XVI desaparecen... las viejas formas de universalidad que se habían propuesto e impuesto en Europa a lo largo de la Edad Media y prácticamente desde el Imperio Romano y como herencia de éste. El fin del

Imperio Romano debe situarse exactamente en 1648, es decir, el momento en que por fin se reconoce que el imperio no es la vocación última de todos los Estados, no es ya la forma esperada o soñada en la cual los estados se fundirán algún día (Foucault, 2007b: 333-334).

Esto además implica que si el imperio ya no es la “forma soñada”, la existencia de entidades estatales diferentes, unidades cerradas sobre sí, autónomas, se dirime ya no por las rivalidades sino por la competencia. Es decir, dispuesta la guerra, ya no se acude tanto a las lealtades familiares y de territorios conquistados sino a un juego estratégico de intereses. Es más, Foucault parece sugerir que la condición de posibilidad de un Estado es la competencia político-económica (2007b: 335). La competencia como una rivalidad expresada sobre otros objetos, con otros instrumentos.

Un punto de fundamental importancia es que con la razón de Estado, con el pasaje de la rivalidad a la competencia, la noción de fuerza cobra particular importancia. Las relaciones de fuerza son el principio de inteligibilidad de la razón política. Y es posible modificar dichas relaciones por medio de la guerra. La guerra pasa a ser uno de los instrumentos de los estados para mantener el equilibrio en las relaciones de fuerza. De aquí que Foucault caracterice la paz pensada y fabricada de este modo como una “escatología frágil”, ya que surge de la pluralidad de estados en competencia permanente pero que a la vez no desconocen el principio del equilibrio. Esta paz nace entonces de la no unidad, de la pluralidad, a diferencia de épocas anteriores en que la paz se conseguía por medio de la unidad, más precisamente, de la unificación¹⁶.

El mecanismo de seguridad de la razón de Estado va a estar organizado desde el estado de policía y desde un dispositivo diplomático-militar. En cuanto al segundo Foucault lo va a relacionar con la idea de una “balanza de Europa” y va a especificar tres procedimientos que caracterizan a ésta y que aquél permite: a) la constitución de una diplomacia permite en primer lugar cierta limitación entre el más fuerte y el resto; b) la constitución de una aristocracia de Estados que

¹⁶ Sobre dos pasajes en que Foucault se refiere a la fórmula de Clausewitz (Foucault, 2007b: 348-353). En principio pareciera que se trata de una lectura diferente de la que articula todo el curso de *DS* ya que lo que Foucault quiere destacar en ambos pasajes es la novedad del fundamento político de la guerra. Si la política es una suerte de racionalidad de los mayores beneficios en un contexto de frágil equilibrio, la guerra no tendrá otro fin que recomponer el equilibrio perdido, es decir se trata de una razón política y no jurídica. Si la guerra es la continuación de la política por otros medios es porque la política es quien desencadena ahora las guerras. Estamos ante una lectura de continuidad entre la razón de Estado y la tesis de Clausewitz (a diferencia de la lectura hecha dos años antes que marcaba la discontinuidad o inversión de esta tesis con respecto al discurso de la lucha de razas que entendía a la política como continuación de la guerra por otros medios). Otro punto de diferencia. Los lugares en los que Foucault hace operar esta tesis no son los mismos en *DS* y en *STP*. Mientras que en el caso de *DS* estudia los discursos de lo que podríamos llamar la recomposición intraestatal o societal de las relaciones de fuerza (los igualitaristas ingleses o los nobles franceses frente a los monárquicos, los nobles frente a la burguesía, etc.) y es en este contexto en el que la inversión de la fórmula se conecta con un discurso contrarrevolucionario y con el acceso de la burguesía al estado, en el caso de *STP* se trata más bien de la articulación de una racionalidad política particular, la del estado gubernamental y las posibilidades efectivas de que a partir de tal racionalidad se pueda hacer la guerra a otro u otros estados.

adoptaría la forma de una igualdad de fuerzas (siempre en Europa, estos serían Inglaterra, Francia, Austria y España) y c) la posibilidad de una coalición entre los estados más débiles con el fin de hacer frente a los Estados más potentes.

En cuanto al dispositivo de la diplomacia, éste se dio tres instrumentos: a) la guerra, llegado el caso y para mantener el equilibrio se va a volver necesario hacer la guerra (a diferencia de la guerra en la Edad Media en que se trataba de un “comportamiento judicial” pues servía para restituir o imponer derechos, aquí ya no se tratará, dirá Foucault, de una guerra de derecho sino de una guerra de Estados); b) el segundo instrumento es el diplomático propiamente dicho que “tendrá por principio de racionalidad una física de los estados y no un el derecho de los soberanos” (Foucault, 2007b: 349) y supondrá la organización consciente de una diplomacia permanente, dedicada de manera continua a la negociación entre estados; c) el tercer instrumento es el dispositivo militar permanente. Tendrá las siguientes características: c.1) la constitución de una carrera de armas; c.2) una estructura armada permanente; c.3) un equipamiento de fortalezas y transportes; c.4) una reflexión sobre las tácticas, los tipos de maniobras, los planes de ataque y defensa.

En adelante, dos modalidades de guerra cubrirán, en lo general, el campo de las acciones bélicas: por un lado y al interior del espacio europeo, las guerras de equilibrio, el juego suma cero; por otro lado, en la relación de Europa con lo no-europeo, guerras de conquista, de dominación.

A partir de la crítica de los fisiócratas y de Adam Smith en particular, se van a gestar los elementos centrales para una crítica al Estado de policía y al nivel de regulaciones de los procesos económicos al que éste aspiraba. Mientras que al objetivo ilimitado del Estado de policía (agotar hasta en sus detalles más finos, más locales, la productividad de los sujetos) la racionalidad económica de gobierno va a oponer fuertes obstáculos, el ámbito de las relaciones internacionales va a saltar los límites de Europa.

... la apertura de un mercado mundial va a permitir la apertura de un juego económico que no sea finito, y por consiguiente que se eviten los efectos conflictivos de un mercado finito. Pero esta apertura al mundo del juego económico implica desde luego una diferencia de naturaleza y estatus entre Europa y el resto del planeta. Es decir que por un lado Europa y los europeos serán los jugadores y, pues bien, el mundo será la apuesta. El juego está en Europa, pero la apuesta es el mundo (Foucault, 2007a: 74).

El mundo, como apuesta y en lo que respecta a su espacialidad territorial, asume así los atributos necesarios para que quede sobre él planteado la posibilidad del comercio, de los intereses económicos en los cálculos gubernamentales. Pasa a ser visto así por medio de la grilla de inteligibilidad con que se calculan los procesos económicos al interior de los territorios estatales. “La razón liberal es correlativa de la activación del principio imperial no en la forma del imperio sino del imperialismo, y esto en conexión con la libre competencia entre individuos y empresas” (Foucault, 2007a: 40).

Es posible ver cierta línea de continuidad entre estas posiciones foucaultianas respecto de la naciente gubernamentalidad económica con una de las tres características que Saskia Sassen ve en los procesos económicos actuales (Sassen, 2007: 74), a saber: la clásica diferenciación centro-periferia ya no pasa tanto por la diferenciación en los procesos de producción o el lugar que los países ocupen en la cadena de producción sino en la diferenciación funcional que atraviesa dichas espacialidades. Existe un carácter estratégico de lo geográfico que domina tanto en los periodos de paz como de guerra.

En la concepción clásica la lucha por los territorios tenía como característica central la expansión del reino en todas las direcciones en las que esto era posible. Así es como Alejandro Magno o el Imperio Romano dominaban un territorio prácticamente sin discontinuidades respecto de su centro. En el caso de la concepción moderna el territorio adquiere la particularidad de ser asumido como un 'medio', es decir, algo que es artificial y natural a la vez (Foucault, 2007b: 42), unas condiciones geo-físicas determinadas, pero también una posible disponibilidad de recursos no renovables, una ubicación geo-estratégica, etc., que lo hacen objeto de guerra. La dominación de EE.UU. del canal de Panamá (en buena parte del siglo XX), la nacionalización del canal de Suez por parte de Nasser o los acercamientos de la cuarta flota norteamericana hacia el promontorio brasileño luego de la confirmación por parte del ex presidente de Brasil Lula da Silva de la existencia de grandes recursos petroleros, guardan relación con todo esto. No se trata de anexar territorios cuya extensión indicaría el grado de poder de un reino –como aún lo podía pensar Felipe II al decir que en sus tierras nunca se escondía el sol–, sino de las disposiciones de una racionalidad físico-económica articulada a esas antiguas concepciones del territorio.

Es así que ni siquiera las guerras más cercanas a las modalidades clásicas de confrontación expansionista tienen en realidad ese carácter. Se trata de la lucha, la guerra y la muerte por un 'medio' y no por un territorio. En este sentido las 'guerras medio-territoriales' son un producto necesariamente moderno así como las muertes que comportan.

Muerte en la 'gubernamentalidad liberal'

Relacionar la muerte al ejercicio asesino estatal ha sido una de las invariantes más sostenidas en los estudios de biopolítica. Sin embargo, hemos visto cómo, a partir de la fórmula 'le pouvoir laisse tomber la mort' es posible rastrear una modalidad de muerte vinculada estrictamente al dominio estatal aunque no soportada por el ejercicio soberano. Aún así, parecería a todas luces un contrasentido vincular una cuarta modalidad de muerte contemporánea a la temática de la seguridad tal cual fue pensada por Foucault, teniendo en cuenta que es éste el dispositivo que permite que el registro de lo viviente conecte con el gobierno.

La relación muerte/seguridad en las sociedades actuales se ha configurado sobre un cambio en la modalidad de sus conexiones respecto del modelo gu-

bernamental anterior. Esto sucede cuando la razón de estado es condicionada y reformulada por una nueva racionalidad gubernamental, el liberalismo (Foucault, 2007b). En tanto diagramador de las prácticas de gobierno, en la gubernamentalidad económica el acto de dar muerte ya no se ejercerá ni como un derecho soberano ni como necesidad de conservación del Estado manifestada de una manera extra-jurídica¹⁷. El punto de apoyo legal y legítimo del asesinato estatal sufre una nueva metamorfosis. Por un lado las matanzas vitales propias de los fenómenos de racismo de Estado, por otro, las muertes ligadas a fenómenos de valor y utilidad. Al primero ya nos hemos referido más arriba, por vía del segundo aquello sobre lo cual recae el dispositivo de seguridad es la 'libertad': su necesidad, producción, y protección: "... la nueva razón gubernamental tiene necesidad de libertad, el nuevo arte gubernamental consume libertad. Consume libertad: es decir, está obligado a producirla" (Foucault, 2007a: 84). Es en este marco de cosas en que hay que entender el ejercicio de los dispositivos de seguridad en las sociedades actuales. Se trata de poder pensar en la importancia de la seguridad para una 'era de la libertad'.¹⁸

Una modalidad de la muerte por seguridad teniendo al liberalismo como práctica gubernamental predominante no implica necesariamente –aunque por otro lado esté casi siempre presente– una referencia a la seguridad del Estado y del derecho, o a la posibilidad que desde el sistema jurídico, invocando derechos fundamentales, se habiliten ciertas instancias de seguridad y control. Para Foucault, el problema de la seguridad, si es un problema jurídico, lo es en el marco de una problemática económico-política. "Las estrategias de seguridad son el reverso y la condición misma del liberalismo" (Foucault, 2007a: 86). El liberalismo antes que una ideología (que también lo es) supone una determinada racionalidad de gobierno que mantiene presente en todo momento la máxima de que siempre "se puede gobernar demasiado". Se trata de un principio de limitación interna a las prácticas gubernamentales. "Se puede gobernar demasiado" significa que siempre es posible atentar contra ese "sistema de libertades naturales" que posibilitan el (a la vez que son el efecto del) marco de desenvolvimiento en las democracias liberales.

No se trata de que el liberalismo necesite de la libertad para funcionar, el liberalismo "no es lo que acepta la libertad, es lo que se propone fabricarla a cada momento, suscitara, producirla con, desde luego, todo el conjunto de

¹⁷ Ya nos hemos referido a la muerte en el modelo de soberanía en la primera parte de este trabajo. En cuanto a las posibilidades de muerte bajo el modelo de la razón de Estado, ver las clases de 29 de marzo de 1978 del curso *Seguridad, territorio, población*, particularmente en lo relacionado al problema de la salvación y la obediencia.

¹⁸ Nos apoyamos para la siguiente lectura en la denominada "problemática liberal de la seguridad" tal como la trabajan Dean (Dean, 2010), Osborne (Burchel et. al., 1991) y Bell (Barry et. al., 1996), aunque ceñidos de manera particular al problema seguridad/liberalismo en tanto que desde allí el hincapié no está puesto primordialmente en la relación (dispositivos de) seguridad/biopolítica (con la consiguiente modalidad de estudio fijada en la extensión de los procesos de control y gestión de la vida a ámbitos cada vez más diversos), sino en un enfoque de mayor cercanía sobre la tensión vida/muerte tal como se presenta en el liberalismo en tanto "freno a los imperativos biopolíticos".

coacciones, problemas de costo que plantea esa fabricación” (Foucault, 2007a: 85). “La libertad es algo que se fabrica a cada instante”. La libertad no es ni “dato previo” ni fondo sobre el cual el liberalismo puede funcionar¹⁹.

Esta producción de libertad tiene, como toda producción, un costo. Y el cálculo de ese costo está dado por los dispositivos de seguridad. Por ello es que la seguridad es el reverso del liberalismo. Lo es en tanto que sin los dispositivos de seguridad, la producción de libertad, el margen de libertades necesarias pero también suficientes para su funcionamiento no puede calcularse. De allí el peligro constante en el liberalismo de una “crisis de gubernamentalidad” provocada, entre otras cosas, por el “costo económico del ejercicio de las libertades”.

El liberalismo... implica en su esencia una relación de producción/destrucción con la libertad. Es preciso por un lado producir la libertad, pero ese mismo gesto implica que, por otro, se establezcan limitaciones, controles, coerciones, obligaciones, apoyadas en amenazas, etc. (Foucault, 2007a: 84).

Por ello es que para Dean el liberalismo es “a un nivel, una versión de la biopolítica; y en otro, lo que existe en un estado de permanente tensión con los imperativos biopolíticos” (Dean, 2010: 133, trad. propia). A la necesidad de regulación de los fenómenos vitales, el liberalismo le opone el “no gobernar demasiado” o al menos no gobernar lo suficiente como para atentar contra ese individuo que es a la vez blanco y condición de posibilidad del gobierno.

Es importante remarcar aquí que la noción de gobierno se apoya no solamente en los fenómenos de regulación biopolítica sino también en la constitución de determinadas subjetividades. Esta relación queda claramente expuesta en el siguiente pasaje de Dean.

El liberalismo contiene siempre la posibilidad de intervenciones no liberales en la vida de aquellos que no poseen los atributos requeridos para jugar el juego ciudad-ciudadano. Regularmente expresa además el miedo a que la ausencia de una autonomía responsable pueda extenderse a sectores cada vez más amplios de la población (Dean, 2010: 162, trad. propia).

Una responsabilidad madura en el ejercicio de las libertades es el punto de apoyo de la ‘iliberidad’ (*illiberality*) gubernamental, es la condición subjetiva para aplicar como sujeto de derecho, libre y autónomo. La afirmación de un sujeto autónomo y responsable de los –en este caso– imperativos liberales de

¹⁹ En las últimas clases del curso *Seguridad, territorio y población*, Foucault se precavía ante una lectura unilateral de estas posiciones. No es un intento de negar que la libertad haya sido un bastión de lucha y conquista por sectores sociales que se veían a sí mismo excluidos de ella. Se procura señalar más bien que, junto a esas visiones jurídico-antropológicas de los derechos del hombre o de los derechos humanos fundamentales, existió también una racionalidad de gobierno modalizada por un saber particular, el de la economía política, que apeló a la libertad como el elemento fundamental para la organización de la versión liberal del gobierno de las poblaciones.

gobierno, no es sino en todo caso el punto sobre el cual se conecta la antigua lógica pastoral con las modernas prescripciones gubernamentales.

La producción y el consumo masivo de libertades junto a una red continua de regulaciones biopolíticas y disciplinamientos subjetivos caracterizan la gubernamentalidad liberal²⁰. Por esta vía, desde los indigentes a los degenerados, de los homosexuales a los delincuentes o a los pueblos originarios, de los peligrosos a los elementos foráneos, el liberalismo ha recurrido de forma sistemática a una serie de divisiones que pautan los comportamientos legítimos, adecuados y requeridos por las codificaciones jurídicas de sujeto de derecho.

En este sentido, ¿en qué momento puede presentarse la muerte como, si no derivada, sí fuertemente relacionada con la operatividad de los dispositivos de seguridad y control? Precisamente en el momento en el que las libertades que el liberalismo consume y produce a la vez son puestas en cuestión. En el momento en que la libertad de circulación, la libertad de empresa, la libertad a trabajar, la libertad de comercio, de elección de representantes, de lo que se puede consumir, etc., (en una palabra, buena parte del 'juego democrático') son obstaculizadas, bloqueadas, es entonces que, y por vía de los mecanismos de seguridad en primera instancia, la muerte se transforma en un hecho latente. ¿Y esto por no respetar a sujetos de derecho con libertades 'prescriptas' en un sistema jurídico? Puede ser, y de hecho así es presentado. Pero tanto o más relevante para esto es el hecho de que la obstaculización de dichas libertades representa un serio revés para una racionalidad política que "en el fondo... debe dar cabida a todo lo que puede ser la mecánica natural de los comportamientos y la producción... [y] sólo deberá intervenir cuando vea que algo no pasa como lo quiere la mecánica general de los comportamientos, de los intercambios, de la vida económica" (Foucault, 2007a: 89). En el liberalismo, la libertad que obstaculiza libertades, que las frena, que impide sencillamente su manifestación, puede ser objeto de intervenciones estatales.

Separándose de la conocida tesis de Barrington Moore (1966) para Foucault el liberalismo no es necesariamente democrático ni sujeto a derecho (Foucault, 2007a: 363). Desde esta perspectiva podemos encontrar un vínculo entre el liberalismo y el conjunto de dictaduras latinoamericanas del siglo pasado.

Aunque en un primer nivel podamos ver una confrontación de tipo ideológica, a poco de andar lo que se muestra es la emergencia de una desregulación biopolítica y pastoral. Separándose de las codificaciones de la norma, lo que se presenta son las vicisitudes de un pueblo que, en tanto que tal 'se niega a ser población' (Foucault, 2007b: 64). Las intervenciones militares por su parte, y en tanto que se tradujeron en la restricción masiva de las libertades que podían

²⁰ Esta vía de análisis de las prácticas de gobierno sumada a la negativa de Foucault de establecer una noción de libertad (o liberación) que pueda ser coherente con algún orden social ha recibido críticas tanto de 'liberales' como de 'revolucionarios', quienes tienen en común un pensamiento sobre la libertad que está ligado o a una concepción de sujeto anterior a las relaciones de poder, o a una concepción de poder represiva del sujeto y de la cual –entonces– habría que liberarse. Para una descripción del debate sobre la libertad en las concepciones políticas contemporáneas así como en los estudios sobre la gubernamentalidad ver Prozorov (2007), específicamente el primer capítulo.

atentar contra el sistema productivo “natural”, podrían ser pensadas como casos de “gubernamentalidad autoritaria” y ubicadas en el campo general de las inflexiones posibles del liberalismo, no fuera de éste. El hecho de que los modelos societales post-dictadura compartan el paisaje del retorno del dispositivo de normalización/gubernamentalidad liberal (acoplamiento de técnicas necesarias para la constitución de las modernas democracias liberales) muestra claramente la conexión entre ambas modalidades del ejercicio político.

Con todo esto no queremos decir que en el liberalismo la muerte, en tanto que posible respuesta a una restricción de las libertades naturales, aparece de la mano de los dispositivos de seguridad. No al menos de manera directa. El carácter co-constitutivo de la grilla seguridad-población-gobierno nos remite al nivel de operatividad más relevante de los dispositivos de seguridad, el que permite vincular las nociones clásicas de ciudad (como situada en un medio y no en un territorio), de sociedad (como lo no-político), con una particular gestión de los procesos vitales y de gobierno. Hemos intentado sí llamar la atención sobre un fenómeno cuya recurrencia (y aquí entran las muertes que se dan en los procesos de luchas, en los instantes de protesta, de rebelión ante los aparatos coercitivos de los estados, etc. pero también los fenómenos de ‘exportación de la democracia’ vividos en Afganistán, en Irak y posiblemente en Libia) nos permite pensar en una diferente modalidad de la muerte bajo el predominio de una gubernamentalidad liberal. Lo específico de este acercamiento es que el vínculo entre muerte y seguridad, antes que aparecer por el lado de la ruptura de la ley o la “paradoja del soberano” puede ser pensado también por el lado de la necesidad de la libertad, de su utilidad y su valor.

Conclusión

En una conferencia sobre racionalidad política dada en el mes de octubre de 1979 en la Universidad de Stanford y al momento de especificar lo que diferencia las relaciones de poder de otras relaciones entre las personas, Foucault afirmaba:

El rasgo distintivo del poder es que algunos hombres pueden más o menos íntegramente determinar la conducta de otros hombres –aunque nunca de manera exhaustiva o coercitiva–. Un hombre encadenado y golpeado se somete a la fuerza que se ejerce sobre él. No al poder. Pero si se puede conducirlo a hablar, cuando su último recurso hubiera podido ser callarse, prefiriendo la muerte, sucede entonces que lo han llevado a comportarse de determinada manera. Su libertad ha sido sujeta por el poder. Ha sido sometido al gobierno. Si un individuo puede permanecer libre, por limitada que pueda ser su libertad, el poder puede someterlo al gobierno. No existe poder sin negación o revuelta en potencia (Foucault, 1996: 204).

Causar la muerte parece representar el punto final de una relación de poder puesto que, al disolverse uno de los términos de dicha relación, la misma se

extingue. Por esto, pensar la muerte como un elemento motor de las relaciones de poder parece ser, en un principio, un contrasentido. La muerte no parece ser útil para 'conducir conductas', a través de ella no es posible lograr el gobierno del individuo. En contraposición, la muerte parece causar la imposibilidad absoluta de gobernar, representa el momento de clausura del gobierno como ejercicio de poder. Entonces, ¿por cuáles razones una racionalidad gubernamental que toma a cargo la vida de los sujetos podría dejarlos morir o incluso, en un extremo, llegar a matarlos?

Dentro del mecanismo de la soberanía es claro que la muerte garantiza la seguridad del soberano, pero en lo que al biopoder se refiere existen dos posibilidades. La primera, en la que la muerte se deja acaecer (no se mata directamente, pero se deja morir),²¹ la muerte cumple una función reguladora con respecto a la vida. Regula la extensión de la misma, su duración, su potencialidad, de acuerdo con ciertos parámetros (lo que es considerado natural, lo normal, lo que no es inhumano para una época determinada). Entonces nos encontramos con sociedades como la nuestra, en la que la muerte es algo común, acontece en todos lados, a través de la pobreza, de la desnutrición, de la falta de acceso al sistema de salud, por accidentes de todo tipo (laborales, en medios de transporte, etc.); sin embargo, al mismo tiempo podemos reconocer abiertamente que vivimos en un Estado liberal de derechos ubicado a buena distancia de lo que representaría un Estado racista asesino.

Ahora bien, cuando la seguridad biológica de la población se convierte en la preocupación mayor, sobre todo frente a un peligro interior -incluso crónico, endémico-, entonces la brutalidad de la muerte puede surgir de la mano de los funcionarios del Estado y de los mismos habitantes. Se vuelve necesario acabar con los elementos degenerados para poder vivir, restituyéndose, de esta manera, la lógica del racismo biologicista del siglo XX. La función de muerte (el gesto soberano de la espada) surge en el marco de una tecnología de biopoder siempre que la lógica del racismo encuentre una cuña para instalarse.

Pero sucede que la manifestación de la muerte en el biopoder no se ha agotado en la modalidad del asesinato, ni éste ha adquirido en todos los casos el rostro del racismo de Estado. La muerte, como una realidad de masas en el siglo XX, también ha estado relacionada -por caso- con esos fenómenos de desconexión en los cuales una parte variable de las poblaciones no alcanza a acoplarse a las técnicas de gerenciamiento que posibilitan, a la vez que controlan y regulan, sus vidas. De manera similar, buena parte de las muertes ligadas a los fenómenos políticos en sentido clásico están indudablemente más relacionadas con la paradoja que existe en la gubernamentalidad liberal entre producción y destrucción de la libertad que con el racismo de Estado.

²¹ Algunos podrán señalar que esto no es más que una forma de asesinato indirecto, entonces es bueno aclarar que, si bien esta afirmación no carece de verdad, la preocupación que tenemos en este trabajo es la de determinar las formas de la muerte y su funcionalidad con respecto a las modalidades que asume en la actualidad el biopoder.

Hemos intentado desplegar un pensamiento sobre las modalidades de muerte que, apoyado en la articulación de los elementos presentes en el programa de investigación gubernamentalidad/biopoder, pudiera permitirnos proponer algunas consideraciones en torno a la relación muerte/política en la modernidad.

El grado de alcance de tales consideraciones, las formas en las que se articulan con la concepción más general de Foucault sobre el poder, o su vitalidad y potencia para leer otros fenómenos políticos contemporáneos, merecerán sin duda otras apuestas.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2002) *Homo sacer*. Madrid, Editora Nacional.
- Bell, V. (1996) "The promise of liberalism and the performance of freedom", en Barry, A., Osborne, T., Rose, N., *Foucault and the political reason*. Chicago, The university of Chicago Press.
- Burchel, G. (1991) "Peculiar interest: civil society and governing 'The system of Natural Liberty'", en Burchel, G.; Gordon, C.; Miller, P., *The Foucault effect*. Chicago, University of Chicago Press.
- Dean, M. (2010) *Governmentality. Power and rule in modern Society*. London, SAGE Publications, LTD.
- Dillon, M. y Neal, A. (2008) *Foucault on Politics, Security and War*. London, Palgrave Macmillan.
- Esposito, R. (2006) *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Bs. As., Amorrortu.
- Foucault, M. (1996) *La vida de los hombres infames*, Bs. As., Altamira.
- (2000) *Defender la sociedad*. Bs. As., F.C.E.
- (2001) *Los anormales*. Bs. As., F.C.E.
- (2003) *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Bs. As., Siglo XXI.
- (2005) *El poder psiquiátrico*. Bs. As., F.C.E.
- (2007a) *Nacimiento de la biopolítica*, Bs. As. F.C.E.
- (2007b) *Seguridad, Territorio, Población*, Bs. As. F.C.E.
- Lenin, V. I. (1966) *El imperialismo como fase superior del capitalismo*, Bs. As. Ateneo.
- Marx, K. (1997) *Manuscritos: economía y filosofía*. Barcelona, Altaya.
- Moore, B. (1996) *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press.
- Prozorov, S. (2007) *Foucault, freedom and sovereignty*. Hampshire, Ashgate pub.